

# EGIPTO

## Situación tras el golpe de Estado

*Madrid: 25 de julio de 2013*



## HISTÓRICO DE LOS HECHOS

La revolución egipcia que puso fin, el 11 de febrero de 2011, a la dictadura militar que gobernaba la república desde su creación no ha terminado con la elección de Mohamed Morsi el 17 de junio de 2012.

Las manifestaciones multitudinarias (17 millones de participantes en todo el país, según fuentes oficiales del ministerio del Interior) del pasado mes de junio han enfrentado, por una parte, a un heterogéneo abanico de fuerzas compuesto por liberales, progresistas, islamistas moderados y nostálgicos del antiguo régimen y, por otra, a una alianza constituida por la rama más pragmática de los Hermanos Musulmanes y en la que se mezclaron movimientos salafistas, clérigos wahabíes, grupúsculos yihadistas y secciones más extremistas de la propia "Hermandad".

En el primer grupo se encontraba principalmente el movimiento popular Tamarod (Rebélate, en árabe), de ideología izquierdista; el Frente de Salvación Nacional, una plataforma de partidos laicos de oposición; islamistas moderados (partido Abulfutú), coptos y liberales. En el segundo los defensores de Morsi, que crearon para salir del paso en las circunstancias del momento "La Alianza Nacional para el Apoyo de la Legitimidad", cuyo objetivo era mantener en el poder al presidente electo y a sus aliados islamistas.

Sorprendentemente, y para complicar aún más la situación, el principal partido salafista Al Nur (la luz, en árabe), que obtuvo el 25% de los votos en las elecciones legislativas, no solo se negó a participar en las marchas de apoyo a Morsi, sino que incluso se puso del lado de la oposición.

Esta situación ha sido la culminación de los desencuentros del último año entre los partidarios de un régimen islamista que trató de acaparar el poder político, apartando a jueces y militares representantes del antiguo régimen, y la oposición laica y liberal.

Aunque las diferencias ideológicas entre las diferentes corrientes son muy grandes y eran evidentes desde el comienzo de la revolución, la polarización de la sociedad se exacerbó a raíz del intento del nuevo presidente, en noviembre de 2012, de aprobar un decreto que le otorgaba poderes casi absolutos, y de la adopción de la nueva constitución, el 24 de diciembre del 2012, que la oposición consideró de corte islamista. Los sucesivos nombramientos que acometió el primer ministro pusieron de manifiesto una rápida "islamización" del poder y un intento de control total de las instituciones por parte de "la Hermandad", que buena parte de la población rechazó.

A esto se une el descontento generado por la crisis económica que se vive en Egipto desde la caída de Mubarak, con un fuerte aumento del desempleo, cortes de electricidad y desabastecimiento de productos básicos, tales como los carburantes.

La oposición y la calle acusaron a Morsi de ser incapaz de gobernar un gran país como Egipto, de incumplir su promesa de integración de todas las fuerzas políticas en su gobierno y de haberse comprometido con los hombres de negocios que hicieron fortuna con la corrupción imperante durante la dictadura.

El presidente electo respondió a estas acusaciones indicando que su gobierno había sido fruto de elecciones libres y que la constitución fue aprobada por referéndum con el 62% de votos positivos (aunque con una participación de solo el 32%). Morsi acusó a los defensores del antiguo régimen, jueces y ejército, de ser los inductores y causantes de la confrontación.

Ante el riesgo de deflagración y para, en teoría, intentar apaciguar la situación, las fuerzas armadas egipcias dieron un ultimátum a Morsi, que venció el miércoles 3 de julio, para que formase un gobierno de integración, lanzara un nuevo proceso constituyente y procediese a convocar nuevas elecciones. Las peticiones coincidían con las demandas de los manifestantes y de la oposición.

La respuesta del gobierno islamista fue un discurso de Morsi en el que se excluía toda posibilidad de negociación, lo que implicó la toma de control de la televisión pública por parte del ejército. Seguidamente, el ministro de Defensa y comandante en jefe de las FF.AA., general Abdel Fatah al Sisi, compareció en la televisión, flanqueado por líderes opositores y religiosos (incluyendo representantes de Tamarod y del Frante Nacional, influyentes clérigos musulmanes y el Papa copto) y la plana mayor de las fuerzas armadas, para comunicarle a la nación que el país tendría un nuevo presidente interino, el jefe de la Corte Suprema Constitucional, Adly Masour.

Al Sisi también anunció la suspensión de la constitución, la convocatoria de elecciones presidenciales y legislativas adelantadas, la formación de un gobierno de tecnócratas y el establecimiento de una hoja de ruta para volver a una situación de normalidad democrática. Todo esto entre el júbilo y los vítores de centenas de miles de manifestantes reunidos en la histórica plaza Tahrir y sus alrededores.

Los militares detuvieron durante la tarde noche de ese mismo miércoles a Morsi, que sigue detenido, y a más de 300 altos cargos de los Hermanos Musulmanes y de su gobierno.

El plan de transición propuesto para Egipto por el presidente interino se compone de 33 temas relacionados con la organización de los poderes, las elecciones y el proceso de reforma constitucional. Dicho plan caducará automáticamente cuando la versión modificada de la Constitución haya sido aprobada por referéndum, allanando el camino para la organización de nuevas elecciones parlamentarias y presidenciales. El nuevo parlamento tendría la tarea de organizar la elección presidencial.

El martes 9 de julio el presidente nombró como primer ministro al economista Hazem el Beblawi, exministro de Finanzas, opositor del régimen de Hosni Mubarak y a la presidencia de Morsi. El premio Nobel de la Paz Mohamed el Baradei, vetado para el puesto por la segunda fuerza islámica Al Nur, es el nuevo vicepresidente a cargo de las relaciones internacionales.

El gobierno de transición elegido por el primer ministro está dominado por independientes, liberales y tecnócratas. Incluye una serie de economistas con experiencia internacional, así como figuras del Frente de Salvación Nacional. Se trata probablemente del gabinete más experimentado y cualificado desde el levantamiento de 2011. Sin embargo, los desafíos a los que se enfrenta son enormes: tras el golpe de Estado la seguridad se ha deteriorado, las divisiones políticas han crecido, las reservas internacionales han disminuido a 14.900 mill.\$ (menos de la mitad del nivel anterior a la rebelión) y el déficit presupuestario ha alcanzado alrededor del 12% del PIB.

Los Hermanos Musulmanes organizan de manera continua manifestaciones de protesta contra la nueva situación y en los incidentes asociados el goteo de víctimas mortales es constante. Igualmente se han multiplicado los ataques islamistas al ejército egipcio en la zona del Sinaí.

### NUEVA SITUACIÓN POLÍTICA

La bipolarización de la sociedad egipcia se hace patente con este golpe de Estado, aunque se deben resaltar algunos matices.

Por una parte, ciertos partidos de corte islamista han apoyado a los militares (los salafistas de Al Nur) o bien se integran en el Frente Nacional que encabeza el premio Nobel de la Paz Mohamed El Baradei.

Por otra parte, los jueces y militares siguen siendo globalmente herederos de las estructuras de la dictadura de Mubarak, y es difícil concebir que tengan los mismos intereses que la oposición laica, ni que los manifestantes congregados en las calles. No se debe olvidar el proceso difícil y convulso que precedió a las elecciones de junio del 2012, durante el cual el ejército gobernó el país. Como indican gran parte de los analistas, las fuerzas armadas están enquistadas en el poder político y económico de Egipto y sus proclamas democráticas son poco creíbles.

En tercer lugar, los Hermanos Musulmanes, aunque hayan cometido errores, entre los cuales hay que destacar el no haber gobernado para la totalidad de los egipcios y confundir la causa del país con la suya propia, ganaron hace solamente un año las primeras elecciones democráticas, y nadie duda de que representan una parte muy significativa de la sociedad. Tienen igualmente una gran experiencia de la clandestinidad, y como ya pasó en algún país vecino (Argelia), su reacción ante un golpe de Estado que les ha despojado del poder adquirido de forma legítima puede ser extremadamente violenta.

Por el momento, si las declaraciones de las nuevas autoridades se cumplen, la hoja de ruta propuesta nos lleva a pensar que habrá una corta transición y nuevas elecciones. Pero nadie puede asegurar que la situación no volverá a reproducirse (victoria de los islamistas) o que una reacción violenta de los Hermanos Musulmanes y otros grupos islamistas extremistas no genere la excusa perfecta para la perpetuación en el poder de los militares egipcios.

## PERSPECTIVAS ECONÓMICAS

Las principales variables económicas de Egipto se han deteriorando seriamente desde el derrocamiento de Mubarak.

La inestabilidad política de los últimos meses ha generado el desplome de la inversión directa (500 mill.\$ en 2011/12 contra 5.300 mill. en 2008/09), el descenso significativo del turismo (ingresos inferiores en un 30% con respecto a los de hace tres años) y como consecuencia directa el aumento del desempleo.

Por otra parte, el fuerte aumento del déficit público (8% del PIB en 2011/12 y estimado en un 12% en 2012/13) es la consecuencia de la política del intento de “comprar” la paz social por parte de Morsi (con escaso éxito, por cierto). Esta situación ha implicado una devaluación continua de la libra y un aumento significativo de la inflación (previsión del 10% para el ejercicio fiscal 2012/13).

Las nuevas autoridades tienen ante ellas los retos de desarrollar una política económica coherente a medio y largo plazo que haga despegar el débil crecimiento actual (2% del PIB previsto en este ejercicio fiscal) y resolver los problemas de financiación externa del país, dado el empeoramiento de sus ratios de solvencia externa y el desplome de sus reservas de divisas.

Con este cuadro económico la ayuda prometida por Kuwait, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes es un elemento indispensable para la resolución de la crisis. Los tres países se han comprometido a aportar inmediatamente 12.000 millones de dólares, apostando por las nuevas autoridades. El respaldo de los países del Consejo de Cooperación del Golfo es lo que ha llevado a Standard & Poor a mantener el rating de Egipto en CCC+.

Para terminar la Casa Blanca se ha resistido a calificar la deposición del presidente Morsi como un golpe de Estado, y en cambio ha valorado las decisiones de este último de no democráticas. Cada año, Estados Unidos concede al gobierno egipcio 1.300 millones de dólares en concepto de asistencia militar y las autoridades americanas han confirmado este apoyo.

